

PUERTO RICO EN LA NOVELA POPULAR NORTEAMERICANA

P O R

SAVADOR ARANA-SOTO

Antes de entrar en el tema, debo aclarar que la información que aquí presento la he sacado de mis largas lecturas de novelas norteamericanas de las llamadas «mysteries» (misterios) en los Estados Unidos, y, entre nosotros, novelas policíacas o detectivescas. Las he leído en las ediciones populares, baratas, llamadas de bolsillo, ediciones en rústica, de tamaño pequeño y que suelen caber en un bolsillo. Suelen publicarse en esa forma novelas que ya habían sido publicadas antes en forma más importante por distintas casas editoriales, aunque no pocas veces han sido escritas expresamente para este tipo de publicación.

De estas novelas de detectives he leído cientos y cientos, con el fin de entretenerme, descansando con su lectura de estudios más arduos, y al mismo tiempo estudiar en ellas ciertos temas que me interesan, y entre ellos este de que en estos párrafos me ocupo. Induce a uno a leerlas precisamente el hecho de ser pequeñas, livianas, que puede uno siempre llevarlas consigo y leerlas en cualquier parte, entretenidas y baratísimas, pues se pueden adquirir de segunda mano por muy poca cosa. A mí me entretienen al mismo tiempo que me ofrecen importantísima información.

Estas novelitas pertenecen, a mi juicio, a la literatura popular, si no por otra cosa, porque tienen millones y millones de lectores que sólo buscan en ellas entretenimiento y porque, aunque las leen también personas de cultura superior, van dirigidas a la gran masa del pueblo, al público en general. De eso viven estas empresas editoras, de llevar novelas a todos los bolsillos, esto es, a los bolsillos de los pobres. Autores hay de estos que han vendido millones de libros. Uno de los libritos mencionados en este estudio anuncia en la contraportada: «más de 20 millones de ejemplares impresos de las incomparables aventuras del crimen de Brett Halliday...». Otro anuncia que andan circulando 60 millones de ejemplares de las obras del autor.

De estos libros se han publicado sin duda alguna cientos de millones y son en conjunto los que más lee la nación norteamericana. Llegan a todas partes de ella; llegan a todos. No voy a entrar aquí

en la psicología del lector de esta clase de obras, pero no dejaré de recordar que en gran parte y, sobre todo, las de Brett Halliday, que tienen por héroe a Mike Shayne, son novelas de violencia, violencia de toda clase, en las cuales a la violencia del criminal se opone, deliberadamente, la violencia del protagonista, que mata a los villanos—y a muchos—, pero con gusto, con fruición. Esto lo digo para que se comprenda el carácter eminentemente popular de estas obras, lo mucho que se leen, lo deliberadamente que se dirigen al pueblo, a la masa.

Y si esto es así, no hay duda de que no pretenden nunca enseñar, ni moralizar, ni dar ejemplo, ni corregir o rectificar errores populares, sino que, para poder conservar el favor popular, halagan al pueblo aceptando sus gustos, sus prejuicios, sus opiniones ya formados. Y esto es lo que les da importancia para los fines de este corto estudio, pues que lo que dicen de Puerto Rico, de Hispanoamérica, de España, o es lo que ya el público piensa u opina sobre el mundo hispánico o es lo que, por efecto de ellas, va a pensar u opinar, pues tienen— tienen que tener, sin duda alguna—poderosa influencia sobre el pueblo que las lee.

No hay duda posible que, en términos generales, es mucho mayor la cultura, la instrucción del autor que la de la masa a quien se dirige, de modo que sobre ella tendrá gran efecto lo que diga o exprese cuando no sea que de ella, para halagarla o, por lo menos, para no irritarla u hostilizarla, tome ya las generales creencias u opiniones. De modo que lo que se diga en ellas sobre los países del mundo hispánico, no hay duda que es lo que está pensando y creyendo el pueblo norteamericano.

Por otra parte, tampoco puede dudarse que no doy yo aquí todas las alusiones que en la literatura popular norteamericana hay sobre estos países y Puerto Rico, en particular. Doy sólo las alusiones que de paso he encontrado en mis largas lecturas de este tipo de novela. Debe de haber mucho más. Pero por lo mismo que, dentro de ese campo, he ido leyendo cuanto ha venido a mis manos en los últimos años, son mis conclusiones muy válidas, pues no ha habido discriminación ni selección. He leído sencillamente lo que lee el pueblo norteamericano, pues, de la novela popular a que me refiero; he leído precisamente los autores más populares.

Así definido el campo que me propongo explorar, entremos en materia, pero no sin antes recordar que la población puertorriqueña de la ciudad de Nueva York asciende hoy a medio millón de habitantes y la de toda la nación a casi un millón. Esto de por sí ha hecho un impacto considerable en los Estados Unidos. Y aparte del poder polí-

tico emanado de sus votos que ha sabido conquistar el puertorriqueño emigrado, hay el poder, el prestigio, la influencia ganada por el país gracias a la habilidad y eminencia de un gobernador que ha logrado ganarse un alto lugar en la política del hemisferio.

A esta presencia puertorriqueña en los Estados Unidos hay que añadir la de miles, quizá cientos de miles, de ciudadanos de los otros países de habla española y que el pueblo suele confundir unos con otros o conceptúa como una y la misma cosa.

Ha dicho Boorstin, el de la polémica, que «Paradójicamente, Estados Unidos se ha convertido en una especie de "colonia" de Puerto Rico, no sólo como salida para su exceso de población, sino también como fuente de materia prima para muchas de las nuevas industrias de la isla». No digo ni que sí ni que no, pero puedo afirmar que hoy la ciudad de Nueva York es una extensión de Puerto Rico y que esto se acerca más a la verdad que decir que Puerto Rico lo es de los Estados Unidos, pues Puerto Rico se conserva pueblo aparte del de los Estados Unidos y los puertorriqueños allí hacen lo mismo y allí mantienen su idioma y costumbres propias.

El impacto que van haciendo puede colegirse del hecho de que ya aparecen en la literatura médica. Voy a dar dos ejemplos de ello. En un hospital, se ensaya el tratamiento ambulatorio de la gangrena de las extremidades: se vendan las lesiones y se ordena a los 22 pacientes que anden mucho a pie. Así lo hacen todos, menos uno que es puertorriqueño, creo que una mujer de color. Esta, a quien sus parientes aconsejan que no siga tales instrucciones, alegando que es un crimen hacerla andar en ese estado, ésta, digo, es la única que no se cura: se muere. El autor da los hechos sin comentarios; éstos son míos.

Otro médico norteamericano informa en un artículo médico sobre el «ataque», fenómeno que ha observado entre los puertorriqueños, y que no es otra cosa que el vulgar ataque de nervios, histérico o no, que antes casi sólo se daba entre mujeres y que ahora aparece también entre varones. Seguramente se da también entre los varones de otros países de nuestra habla, no sé si con mayor o menor frecuencia, pero es en el puertorriqueño que el médico lo observa y describe.

No hay en estos dos ejemplos pecado ni crimen de parte de los nuestros, pero son muestras de la sicología especial que el puertorriqueño mantiene en los Estados Unidos y que estos observan un poco asombrados.

Al puertorriqueño en los Estados Unidos lo observan también sus compatriotas que lo suelen hacer tema de sus obras literarias; pero nuestro tema hoy es cómo aparece en la novela popular norteamericana.

Algunas veces la alusión a Puerto Rico es pasajera y corta y quizá con el único fin de dar color local o de introducir la nota curiosa o pintoresca. Siguen algunos ejemplos: En *Run While you Can*, de William Woolfolk («Popular Library», 1956, p. 99) se dice: «No había nadie en la calle con la excepción de dos niños puertorriqueños jugando 'stoopball'.» En *The Steel Cocoon*, de Bentz Plagemann, Martínez, cocinero de los oficiales, lanza un «meat cleaver» a un hombre que imita su manera de hablar.

En *Gulf Coast Girl*, de Charles Williams (Dell, 1960), encontramos el barco «Freya de San Juan, P. R.», un barco pequeño del «español Puerto Rico», que no se sabe por qué, dice, lleva el nombre de una diosa nórdica (pp. 10 y 202). Los héroes desean irse a vivir a un pueblo del Caribe, «no los grandes, no San Juan o Puerto Príncipe o Habana...» (p. 168). Se alude a San Juan de Puerto Rico en las páginas 46 y 197.

En el mismo libro se dice (p. 48) que en Centroamérica cualquier mujer rubia, por fea que sea, produce una conmoción, y la gente se le va detrás, como en una procesión.

En *The Man who Broke things*, de John Brooks (1958), se alude a un vuelo entre San Juan y Nueva York.

En *Death is Confidential*, de Lawrence Lariar (Hillman Books, 1959), el villano es un conductor de orquesta cubano, un tal Ziggi, «a quien se suele ver en los suplementos dominicales, zambullendo en la piscina del Caribe Hilton, en Puerto Rico» (p. 53).

En *The Snatch*, de Harold R. Daniels, hay un ascensorista que es puertorriqueño.

En *The Girl who cried wolf* (Dell, 1960), de Hillary Waugh, aparece incidentalmente un joven puertorriqueño de unos veinte años, chófer maleante (pp. 80 y 82). Del mismo modo—incidentalmente—aparece en este libro el arrabal puertorriqueño en Nueva York (pp. 61-62). Se dice: «Los puertorriqueños no habían ocupado todavía todo el vecindario. Al entrar Phil, de cada puerta le llegaron los ecos farfullantes del español. Era un edificio de arrabal y era escuálido. Había un zafacón de basura en el zaguán y un cochecito roto de niño cerca de la escalera, y un olor desagradable de cocina había establecido un estigma permanente en la atmósfera...» Le abre un puertorriqueño de baja estatura, que se encoge de hombros, le suelta «un párrafo en español en tres segundos». Aparecen otros que farfullan entre sí. Nadie quiere comprometerse. Nadie quiere dar informes sobre el maleante a quien se busca. Da la impresión el autor que el vecindario no es sólo pobre y andrajoso, compuesto de gente pobre, inculta, que

habla malísimo inglés, sino uno de maleantes. El héroe les habla en su español de escuela secundaria y les dice: «No comprendo».

Frank Kane, en *Trigger Mortgis* (Dell, 1959, pp. 116-118), es todavía más explícito: describe el Harlem de los cabarets, las prostitutas, las drogas. A las dos de la mañana, en verano, están las aceras llenas de gente, unos en doble fila sentados en escaleras y cajones y otros en una corriente interminable e incansable de «blanco, negro, amarillo y marrón» (supongo que se refiere al color de las gentes).

Los hombres, pavos llenos de color; las mujeres, parduzcas, entre gris y amarillento, cansadas, envejecidas prematuramente.

Llega el héroe a la calle 118 y parque. En seguida se le acerca una mujercilla parduzca, pequeña, flaca, y le dice en mal inglés: «Usted buscar mujer. Venga con Chica, Chu-chi. Chica dar mucho gusto.» El la rechaza. Ella se alza la falda y le grita: «Maricón».

Encuentra una bodega, llena de ruidosa música española y de conversación farfullante, a donde vienen los parroquianos (puertorriqueños sin duda) a gastarse el recién cobrado sueldo en cerveza (con s) y ron. Se oían risas y gritos en el vecindario: «seguramente», dice, «estarían los vecinos haciendo el amor, pegando a sus mujeres, emborrachándose hasta la insensibilidad». En un solo cuarto, explica el autor, muchas personas («large number of people») vivían, comían, se reproducían y aun morían uno al lado del otro.

«Esto era el Harlem español donde la gente vive como almanaque, desapareciendo de las calles a fines del otoño para tapujarse alrededor de los calentadores de aceite, emergiendo pálida y descolorida en la primavera, amontonándose en las aceras en fartullante confusión en el verano.»

Esta parte de Nueva York había sido primero irlandesa. Los judíos y los italianos habían sacado de ella a la fuerza a los irlandeses. Los negros la habían invadido más tarde y habían expulsado a los italianos.

«Pero todavía no había terminado la guerra por su posesión. Avión tras avión, seguían trayendo cargas y más cargas de nativos mal alimentados, mal vestidos, desde San Juan y Mayagüez y el resto de Puerto Rico, que venían en busca del oro que Vito Marcantonio y sus secuaces políticos le habían asegurado que corría por las calles y cloacas de Nueva York. Ante esta invasión, los negros se habían retirado más y más al norte, casi desapareciendo de la noventa y seis, y refugiándose al norte de la 125.»

Aquí tenemos, pues, no sólo la descripción de «Spanish Harlem», sino, en parte, su historia.

En *Cop Hater*—«Odiador de policías», en español (Permabooks,

1956), la acción tiene lugar en el ochenta y sieteavo precinto policíaco de la ciudad de Nueva York, que incluye, al sur, «the Puerto Rican section». En las páginas 11-13, vemos a un detective negro, interrogando en un español vacilante («hesitant spanish») a un hombre que ha acribillado a otro en un bar y que ahora no quiere cooperar con la detective. Se llama Tomas (sin acento) Perillo y vive en la calle «Mei-son» (por «Mason»).

Más adelante (p. 18) se nos habla de un bar, cuya clientela irlandesa se opone a que entren la de otras nacionalidades y que opone poderosos puños al puertorriqueño que acierta a entrar. Ahora las riñas no son tan frecuentes, pero lo fueron mucho cuando la sección sucumbió a la ola de asalto puertorriqueño. En esos días, porque no hablaban el español muy bien, porque no entendían (leían) letreros muy bien, los «Puertos Ricans» caían a menudo por allí («stumbled») con su ignorancia. Los celosos defensores de América para los americanos, olvidando accidentalmente que los puertorriqueños eran y son americanos, pasaban más de una noche pugilística afirmando su modo de ver... Eso era en los buenos tiempos».

En la página 56 encontramos un maleante soltero, que no sabe escribir, sin empleo, narcómano, llamado Luis «Dizzy» Ordiz (con d).

En la página 64 encontramos una descripción de la llamada «Vía de Putas», en tiempos de los italianos «Piazza Putana», donde cada directora de establecimientos se llama Mama algo, Mama Luz, Mama Teresa, por ejemplo. Una mujer (p. 67) se llama La Flamenca, otra La Roja. Allá va un detective buscando a Ordiz y en el diálogo abundan palabras en español (p. 68).

En la página 85, el maleante, joven esta vez, y miembro de una banda de jóvenes bandidos, se llama Salvador Jesus (sin acento) San- tez (quizá quiera decir Sánchez).

En «No chance in Hell» (Gold Medal, 1960), de Nick Quarry, hay varios puntos interesantes. En primer lugar, tenemos aquí otra descripción del barrio llamado «latino» o «hispano», de Nueva York (pp. 65-66).

«Salí de la calle Parque («Park») y entré a una calle lateral y a una sección de la parte oriental y superior de Manhattan conocida por muchos nombres: Harlem español («Spanish Harlem»), Pequeño Puerto Rico («Little Puerto Rico»), Pueblo español («Spanish Town»). Sus habitantes le llamaban "El Barrio".»

En otra parte (pp. 72-73) describe la sección donde vive la señora Canino, madre de uno de los protagonistas, joven delincuente puertorriqueño: el edificio es viejo, dilapidado, lleno de cucarachas y ratones, el cuarto demasiado caliente por tener prendidos todos los me-

cheros («burners») y estar herméticamente cerradas todas las ventanas.

Aparece aquí, pues, con el ambiente de miseria y sordidez, con el mal inglés y con la delincuencia de los puertorriqueños, ya mencionados, la costumbre puertorriqueña de vivir encerrados y en una atmósfera tan caliente que a un norteamericano le produce mareo.

Y aparece otra cosa: el efecto deletéreo de la gran ciudad sobre los puertorriqueños, pues dice la señora (p. 74): «Santos ya no quiere a la familia. Nueva York le hace... malo. En Puerto Rico era un buen muchacho.»

Todavía más: se nos dice que puertorriqueños y mejicanos se parecen y que se suele tomar a los unos por los otros: «Most of 'em look alike, they both talk Spanish» (p. 22). Parte de la acción gira precisamente alrededor de ese hecho, pues de él se aprovechan los que se dedican a la introducción ilegal de mejicanos en los Estados Unidos, pues, una vez cruzada la frontera, se les diluye entre los puertorriqueños de Nueva York:

«Puerto Rico perteneciendo a los Estados Unidos, sus habitantes son automáticamente ciudadanos. Han estado inmigrando a Nueva York en hordas durante los últimos cinco años. Tenemos casi un millón de ellos en Manhattan ahora. Y siguen llegando más todos los días. De modo que en Nueva York, los mejicanos no necesitan documentos para probar que están en el país legalmente... Hay tantos puertorriqueños en Nueva York que nadie se pone especialmente curioso acerca de la nacionalidad de una persona sólo porque hable mayormente español, y sea claramente un latino de alguna clase. Simplemente se da por descontado que es un puertorriqueño» (pp. 124-125).

Otro elemento nuevo que aparece en este libro es la explotación de los puertorriqueños por el raquetero. Viven en arrabales indecentes en donde se les cobran alquileres exorbitantes, y se le mantiene en obediencia por medio de la violencia organizada.

Aparece aquí una ganga de muchachos puertorriqueños, los «Purple Devils» («Diablos Purpúreos»), que tienen guerra con otra de raza italiana e irlandesa, apellidados los «Purple Sinners» («Pecadores Purpúreos»). Estos muchachos viven del crimen. Hay abundancia de narcóticos, sobre todo marihuana, y abundan también las escenas eróticas.

Uno de los protagonistas es uno de estos muchachos. Tiene diecisiete años y se enamora de la muchacha nuevo-mejicana que se hace pasar por puertorriqueña. Son ambos católicos y ella lo hace ir a la iglesia. «Como usted ve, de donde ella viene la cultura española es la que predomina.»

Su madre, con otros seis hijos más jóvenes, vive de la beneficencia pública desde que llega a Nueva York; el padre ha muerto de tuberculosis. Y él, dice el autor, como los otros muchachos de su raza, se siente humillado en Nueva York porque se le considera extranjero por causa de su origen español» (p. 70).

Merecen atención especial dos libros de Wenzell Brown; «Cry Kill» (Gold Medal, 1959) y «Teen-Age Maffia» (Gold Medal, 1959), pues los dos están llenos de alusiones a Puerto Rico. Un compañero médico cree que son alusiones humillantes de alguien que no nos quiere; a mí, por el contrario, me parece que el autor simpatiza con nosotros. Los dos son libros de violencia, de vicio, de delincuencia juvenil.

En el primero—«Cry Kill»—, y al mismo principio, tenemos una descripción de «Pequeña España» («Little Spain»), o Harlem Español («Spanish Harlem»), de donde procede Luis, el muchacho puertorriqueño de catorce años que habla poco inglés y como todos los suyos odia a la policía. Tiene el pelo negro y la piel color cobre. Aunque criado en el hampa, es amante de la música.

En «Spanish Harlem», todo el mundo en el barrio (p. 73) vive del ráquet: caballos, drogas, prostitución. Bodegas, ventorrillos, estancos, tiendas de flores, todas participan. Todo el mundo vive del «relief», esto es, de la beneficencia pública, municipal, y todos votan como lo mandan cuando llega la hora. Es un barrio de maleantes y «Spanish Square» (Plaza Española) está llena de cabarets, cafés y prostitución (p. 80). Y apenas lleva usted unas semanas en «Spanish Harlem», ya sabe usted algo acerca de la heroína... que usted necesita cuatro veces al día y que le cuesta 60 a 80 dólares por semana (pp. 118-119).

Luis viene de Macorís (1), Puerto Rico. Es hijo de un chófer público que hace viajes entre Macorís y Ponce (pp. 30-31), y que pasa diez años en la cárcel por matar al amante de su mujer. Diez años que dedica a pensar en la venganza... (Como el crimen era uno pasional, «en Puerto Rico no son muy severos con uno...»).

Hay muchas alusiones a Puerto Rico y sus calles soleadas (p. 6), el ron crudo (p. 35), los cañaverales (p. 51), San Juan (p. 56), la «Borinqueña Band» de Coco (¿Noro?) Morales.

Hay palabras y expresiones en español: «Hijo de puta» (p. 15), piraguas, «frescos» (¿por refrescos?), público (chófer).

Hay muchos nombres en español: Mas, Gómez, Marty Cruz, Pepe Camacho, especialista del cuchillo, que mata por gusto, que ama a su navaja y la acaricia como a una novia, Fernando, Coco (¿Noro?) Morales, director de la «Borinqueña Band», Mingo, Manuel, El Toro (billares).

Hay drogas y prostitución y gangas de jóvenes puertorriqueños. Luis es un narcómano.

Los puertorriqueños llegan a Nueva York en hordas, amontonados en aviones dilapidados, en donde todos se marean y vomitan.

Hay un «Borinquena Theatre».

Luis tiene una hermanita, Lucilla (con elle), que se dedica a la prostitución y que lo ayuda, que le busca la droga y que se muere, asesinada, de una exagerada dosis de ella.

Y en esta novela hay una cosa puertorriqueña que no hay, que yo sepa, en ninguna otra, y que el mismo Luis apenas puede creer: un policía puertorriqueño, Juan Marino, a quien al fin él se confía.

En «Teen-Age Maffia», que como ya lo dice el título, es una novela de delincuentes juveniles, encontramos una Consuelo Rey, una mujercilla pálida y débil, pero decente, que no se da a la delincuencia. Es puertorriqueña y de Aguada, y es pobre y, peor que eso, se siente mal en Nueva York porque no es nadie.

Hay alusiones a nuestro sol y nuestro cielo, que es claro como el cristal (p. 65), y algunas palabras en español: «¡Corno!» (con erre), «¡carajo!» (p. 130).

Pero ésta es una novela de los Pachucos, una banda de delincuentes jóvenes oriundos de Nuevo Méjico, que odian a los nos mejicanos. Llevan ropa exagerada, llamativa, de muchos colores, con calzones en forma de tubo, chaquetas largas, patillas, largas cadenas de reloj, pelo largo rizado, bigotes mínimos...

Voy a ocuparme ahora de dos novelas recientes, que no han llegado todavía al público en grandes números, que no han sido, que sepa yo, publicadas en ediciones de bolsillo y que, además, no pintan al puertorriqueño en Nueva York, sino en su propia tierra.

The Sins of María—«Los pecados de María»—(Duell Sloan and Pearce, Nueva York, 1958), del norteamericano Bruce Cameron, no me parece, como me lo habían hecho creer, una novela antipuertorriqueña, aunque tampoco sea lo contrario, pero el ambiente que nos presenta es uno de miseria, sordidez, bajo mundo, prostitución, alcoholismo, mendicidad, incesto, seducción. Hay frecuentes alusiones al «político» como si fuera en nuestro país un tipo o enfermedad especial. Hay también alusiones al nacionalismo. El autor ha debido de vivir en Puerto Rico, pues son correctas sus alusiones a nuestra geografía, clima, alimentación, etc., lo mismo que las palabras en español que a menudo emplea. Me llama la atención, sin embargo, que nos presente comprando comestibles por kilos, cuando la medida que aquí usamos es la libra. La acción ha debido tener lugar en años

anteriores al 1940, pues habla de los liberales que iban ganando terreno.

El autor, Charles G. Bell, de *The Fall of Cándida* («La caída de Cándida»), que aparece en el número 15 y último de «New World Writting», estuvo un año en Puerto Rico enseñando en nuestra Universidad. Así se dice al principio de la novelita. Pinta este autor, lo mismo que el anterior, un mundo de pobreza, miseria y vicio. La protagonista se horroriza ante los mosquitos, las piernas elefantíacas, la bilharzia, las cucarachas, la abundancia de perros y gatos que, estos últimos, entran por las ventanas. Aparecemos siempre gritando, borrachos, pegándole a las mujeres infieles, dando machetazos. Tenemos una «vitalidad insana»: la «locura», la «enajenación mental» son lo propio del trópico. Pinta un palacio frente a un arrabal, y en ambos priva más o menos la misma atmósfera de trastorno mental.

Un protagonista de nuestras clases superiores, rico y miembro del Club Rotario, habla, dice el autor, un inglés mezclado, tomado de los libros y de la cloaca. Y este autor, digo yo, habla un español todavía peor que el que describe en su personaje. Alude a una canción en que se dice: «Tu tienes la fama, Guayama, tu hay de mujer.» El rotario le dice a Cándida: «Adiós, conio, adiós; ti amo.» La ama, dice el novelista, pero tras una larga comida, como los demás rotarios, pasa la noche en un cabaret, entre alcohol y música y mujeres. Cándida pierde la razón. Todo aquí la irrita. El coquí que encantó al poeta Gerardo Diego, aquí es un sapo repugnante.

Esta novela, escrita por un hombre que enseñó en nuestra Universidad, que vivió, pues, en este país, que no puede alegar que habla a base de lo que le han dicho, esta novela es francamente antipuertorriqueña; pinta un cuadro completamente equivocado, aunque sea verdad que hay aquí cucarachas, mosquitos, perros, gatos, ruido, gente baja, borrachos, etc., pinta una atmósfera de locura y deterioro que sencillamente no existe más en Puerto Rico que en cualquiera otra nación, y que excelentes novelistas norteamericanos han pintado de mano maestra en ciertas regiones del Sur de los Estados Unidos.

Sea de ello lo que fuere, podemos ya sacar de las obras ya citadas, algunas conclusiones. Es necesario recalcar que estos libros no han sido escogidos por mí, sino que son sencillamente los que, entre cientos que he leído al tun tun, tienen alusiones a los puertorriqueños, a Puerto Rico. Representan, pues, una tendencia general de la novela norteamericana, esto es, de la nación norteamericana.

Sea allí, en los Estados Unidos, o acá, en el mismo Puerto Rico, la atmósfera puertorriqueña es siempre una de miseria, pobreza, sordidez, bajo mundo, vicios y nunca de orden, moralidad, buenas ma-

neras, finura, inteligencia, altos ideales. Nuestro mundo es uno de drogas, de prostitución, de sucio, de ruido, de ráquets.

En lo físico, el puertorriqueño es generalmente pequeño, débil, nervioso, anémico, de piel parda, oscura, cobriza, de ojos y pelo negros, de ojos a veces algo oblicuos, de pómulos salientes. No pocas veces está tuberculoso. Somos emocionales, sentimentales, habladores incansables, amantes del ruido, vengativos, inconstantes, vagos.

Nuestro país está lleno de ruido, borrachos, gatos, maleantes, perros, cucarachas, mosquitos y otros parásitos.

Todo esto y más es lo que dicen estas novelas, y esto es lo que leen millones y millones de norteamericanos. Imaginemos entonces cuál será su opinión de nosotros.

Ahora bien, todo esto no se nos atribuye a nosotros los puertorriqueños como cosa especial nuestra, como cosa distinta de la de España y de la de los países hijos de la península ibérica: es, más bien, parte del cuadro general del mundo ibérico que presenta la novela norteamericana a los ojos de toda la nación.

Veamos.

En una novelita de Day Keene, intitulada *Sweet Tooth of Murder* (1944), aparecen un García, cubano, comerciante de Florida, que es contrabandista, y que se asocia a unos asesinos que lo matan, y una pareja de baile, José y Josita, que se hacen pasar por española y que no son sino unos criminales que sólo tienen de hispánico el nombre y algunas palabras y frases de mal español. Nos recuerdan al cubano, músico y asesino, mencionado más arriba. La pasta de guayaba cubana es aquí el vehículo para introducir diamantes de contrabando.

En *Phanton Lady* (Dell, 1957), de William Irish, Estela Mendoza es una actriz argentina, que habla mal inglés y, por las muestras que se nos dan, no mejor español. Grita como un energúmeno como si viviera en la jungla; es una furia.

En *Fit to Kill* (Dell, 1959), de Brett Holliday, cuyo protagonista es el popularísimo Mike Shayne, héroe de unos 20 millones de libros impresos, la acción tiene lugar, nos dice el autor, en una república centroamericana, bañada por el Caribe y gobernada con mano de hierro por el dictador mariscal González, presidente perpetuo. Gana elecciones por medio de la policía; impone la más estricta censura. Llevan su nombre avenidas y plazas. Nadie lo quiere. Hay explosiones de bombas. Una de las protagonistas se llama «Consuela» (con a).

En *The Manchurian Candidate* (Signet, 1960), de Richard Condon, ya mencionado, hay una alusión al generalísimo Trujillo.

En *Sleep no More* (Signet, 1950), de Sam S. Taylor, hay varios personajes de nombre español y de ocupación más o menos criminal:

Enrique Trigo (pp. 27 y 155), Cleto Rivera, sirviente, señorita Evanista. Encontramos algunas palabras sueltas en español, y hay alusiones a «Babalú» y «La Cumparsa» y a Javier Cugat.

En *The Avenger* (Gold Medal Book, 1959), un ascensorista de hotel luce un uniforme tan abigarrado, que, según el autor, hubiese abochornado a un almirante peruano o, como decimos en Puerto Rico, hubiese «dejado chiquito» al de un almirante peruano.

Así aparece Hispanoamérica en la novela norteamericana: la impresión que se deja es siempre claramente desfavorable, tal que induce al lector al desprecio. Cuando mejor salimos librados es cuando, como en el caso de José y Josita, los criminales sólo tienen de nuestros el nombre. Siempre se logra dejar en el ánimo del lector ignorante o desprevenido una mala opinión de nosotros.

Lo hispánico, lo ibérico, aparece siempre feo, malo. Tenemos mala prensa. Como aparecen los puertorriqueños, así mismo aparecen los mejicanos, siempre entrando de contrabando en los Estados Unidos, huyendo de su propio país, que, por contraste, aparece así en todo inferior a la nación norteamericana. Y lo mismo la población norteamericana de origen mejicano que vive dispersa en el oeste de la nación. De estos últimos citaré sólo *Stopover for murder* (Signet, 1956), de Floyd Mahannah, y los cuentos de Conrad Richter y W. R. Burnett, intitulados *As it was in the beginning* y *Nobody's all bad*, respectivamente.

Y lo mismo, sobre todo, la minoría de raza española o mestiza del estado de Nuevo Méjico. Ya mencionamos los Pachucos de *Teen-Age Maffia*, la novela de Wenzell Brown. Pues en *Johnny Come Deadly* (Hillman Book, 1960), de Phillip Race, el villano, Ben Ayon (Ayón, con acento, pienso yo), es un joven mejicano, protegido por un rico norteamericano, gracias al cual vive muy bien, se viste bien y tuvo educación universitaria, pero al cual lleva al crimen, al asesinato, precisamente ese mismo hecho de ser mejicano en los Estados Unidos, de ser un «ciudadano de segunda clase», cosa que le quema como un cáncer. Le pasa lo mismo que al jovencito de *No Chance in Hell*, de Nick Quarry, citado más arriba: se considera ciudadano de segunda clase, extranjero en el país del cual es ciudadano.

Y como los puertorriqueños y los mejicanos y los nuevo-mejicanos, también los cubanos y los dominicanos y los centroamericanos y los sudamericanos. Es una característica general de la novela popular norteamericana la de presentar lo iberoamericano o explícitamente como malo, como inferior, o en asociación con lo malo, con lo inferior.

Pero, como en el caso de lo puertorriqueño, no es como cosa aparte que aparece tan mal lo iberoamericano, sino como parte de un mundo

aún más extenso: el mundo hispánico. Lo demuestra no sólo el hecho de que del mismo modo que se pinta a Iberoamérica se pinta a España, sino que en otras novelas hay alusiones comunes a lo español y a lo iberoamericano. Veamos otra vez.

En *The Body in the Basket* (Dell, 1954), de George Bagdy, la acción también tiene lugar en España, en Madrid. También hay palabras y nombres en español no siempre correctamente empleados.

Ejemplo: «Te caliente. Leche frío». La Guardia Civil española no es muy eficiente ni muy atenta y hasta parece que no muy honrada. En la página 177 se dice: «Es una locura, pero es español. Está en su historia, en sus costumbres. Va junto con el toreo y su calidad especial de desorden o ilegalidad («lawlessness»). Les gusta jugar con la muerte. Más aún: tienen un gusto peculiar por la muerte.»

En *Tragedy of X* (Avon, 1940), de Ellery Queen, aparece el cónsul de Uruguay, señor Ajos, que invita a la «deliciosa bebida Uruguaya», yerba maté (con acento), y en la página 214 hay una alusión a los instrumentos de tortura de la Inquisición española, que aparece aquí como armada de instrumentos especiales. Estas alusiones a la Inquisición española, como si prácticamente la institución hubiese existido sólo en España, son frecuentísimas en todas las literaturas y no ya sólo, con ser mucho, en las americana e inglesa.

En *Dark Street Murders* (Avon, 1944), de Peter Chayney, uno de los villanos es el español Enrico Miguales, hombre recio pero de manos delicadas, muy admirado por las mujeres, que se dice hombre de honor. Se nos da la impresión que eso del honor entre nosotros es pura palabrería, que tanto se ve entre gente de bien como entre maleantes.

En *Grounds for murder* (Dell, 1958), de John Appleby, se dice (p. 91): «Si hubiese sido español, el asunto se habría arreglado con cuchillos...»

Vemos, pues, que España no aparece mejor librada que Puerto Rico e Hispanoamérica en la novela norteamericana: tanto Puerto Rico como el resto de Iberoamérica, como España, aparecen siempre asociadas a un ambiente de miseria, de bajo mundo, de vicio, de bajas pasiones, de cuchillos... Es el mundo hispánico todo el que aparece así. La mejor prueba es que a veces la alusión no es a España ni a ningún país de origen ibérico en particular, sino una alusión general a todo el mundo ibérico.

William Fuller, en *Local Talent* (Dell, 1960) nos dice de un personaje: «Mañana. The original mañana boy» (p. 11). La alusión es a todo el mundo que habla español.

En *Meet Morocco Jones* (Crest Book, 1959), de Jack Baynes, apare-

ce un matón, asesino a sueldo. Se dice de él: «Había desarrollado su técnica del cuchillo al sur de la frontera, donde había cultivado las largas y estrechas patillas.» Naturalmente, es de color oscuro. Se llama «Spanish Joe». Es claro que es presa fácil para el héroe, que es norteamericano y blanco de piel.

Así pues, es la cosa común, la cosa corriente en la novela popular norteamericana, pintar lo hispánico como tal, o por sus países integrantes y constituyentes, bajo los peores colores. Suele ser mala la música, malo el inglés, malos los servicios públicos, mala la policía, malo el gobierno... Es un mundo de pobreza y de miseria al mismo tiempo que de bajas pasiones, bajo mundo, vicios, vagancia, desorden, descuido, sucio. La gente es mala, vaga, desordenada, cruel, pusilánime, indisciplinada, superficial, hipócrita; hace alardes de un honor que es una burla; naturalmente, habla un inglés malísimo, no entiende de procesos democráticos, y así por el estilo.

En lo físico son generalmente de baja estatura, débiles, de piel oscura, pelo negro y ojos negros, a veces oblicuos, llevan patillas. Se visten con ropa vistosa y llamativa, pantalones en forma de tubo o embudo, zapatos livianos y puntiagudos. Dan una gran proporción de desalmados, matones, narcómanos, prostitutas, hipócritas. Suelen ser muy expertos en el manejo del cuchillo, lo cual no impide que siempre pierdan con los héroes norteamericanos. Les gusta la muerte; son crueles. Su conversación es superficial y hablan desaforadamente.

En resumen, en realidad, como factor principal, aparece el mundo ibérico como eminentemente inferior al norteamericano o, mejor dicho, al anglosajón; aparece siempre vencido y derrotado, dependiente, y no sólo humillado sino como que se humilla. Siempre envidia al otro, o le imita, o le pide, o le mendiga.

El caso contrario, el caso en que tenga excelencias nuestro mundo ibérico e iberoamericano, no le he encontrado nunca en la novela popular norteamericana, a pesar de que, como ya he dicho, soy un voraz lector que he leído muchísimo, sin escoger, sin buscar ni una cosa ni la otra.

De modo que seguimos teniendo todos, como la tuvo sólo España en el pasado, mala prensa, de modo que la leyenda negra española se perpetúa, completada ahora por una leyenda negra iberoamericana, que ha sido tema ya de un excelente libro de don Rómulo D. Carbia. Y creo que el mayor vector de esa leyenda es la novela popular norteamericana, que llega a millones de lectores. De un solo autor se anuncia en una de ellas, como ya dije, que andan circulando sesenta millones de ejemplares.

Terminaré estas notas recordando dos novelas que leí entre 1926

y 1930, cuando era estudiante en Harvard. Una no era una novela popular, aunque la habían leído probablemente millones, y no era norteamericana sino inglesa. Era lectura obligatoria como parte de un curso de inglés que tuve que tomar. Es la novela de Charles Kingsley titulada *Westward Ho!*, publicada en 1855. Kingsley era un ministro protestante inglés. La acción tiene lugar en Inglaterra, en un puerto que ahora lleva el nombre de la novela —*Westward Ho!*—, en las costas hispanoamericanas, las cuales visitan los héroes en el siglo xvi a caza de botín, bajo el pretexto de atacar a los «papistas». El tema está tomado de la historia de la época; los héroes, de los navegantes ingleses que se hicieron famosos en el mundo y populares en su país matando españoles e irlandeses, católicos, y quedándose con sus propiedades, que declaran «mal adquiridas» («ill-gotten», p. 12 de la ed. de 1946, Nueva York, Dodd, Mead & Company); Richard Grenville, John Oxenham, Amias Leigh. Se justifica la aniquilación de Irlanda, y si hubo crueldad fue más bien por torpeza («clumsiness» (p. 127). Hay alusiones a los tres viajes de Hawkins (Juan de Aquines, como se le conocía entre nosotros) a la Guinea en busca de esclavos, a los de Drake en 1572, a los de Raleigh. Uno de los villanos es un noble español, don Guzmán María Magdalena de Soto. Es cruel y traidor. Es nieto de De Soto, el conquistador español descubridor del Misisipí, y cae preso en manos del héroe inglés.

Hace alarde de las crueldades de su abuelo, que quemaba indios, cazaba mujeres y niños (p. 220). El libro todo es un canto a las glorias de Inglaterra; y un panfleto contra España: 600 páginas de propaganda antiespañola que se aprovecha de los libros del padre Bartolomé de las Casas.

La otra novela que leí por la misma época sí era norteamericana y popular; era en realidad un folletín que se publicaba en serie en el *Boston Herald*. Se intitulaba *Flames of Desire* («Llama de deseo»); la acción tenía lugar en el norte de Africa; el héroe era norteamericano; el villano era un general español y su apellido era *Arana*.

Estos dos ejemplos demuestran que la tendencia a pintar con tan malos colores lo español e hispanoamericano no es sólo americana, sino, mejor aún, inglesa, anglosajona, ni es sólo de este siglo, sino que viene sin interrupción de los anteriores.

En realidad se trata de dos civilizaciones, de dos mundos, en oposición desde hace siglos, y a uno de los cuales pertenece todavía la isla de Puerto Rico.

SALVADOR ARANA-SOTO
C/ Tapia, 315
SANTURCE (PUERTO RICO)